

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXX ASAMBLEA PLENARIA EXTRAORDINARIA

(Bogotá, D.C., 8 y 9 de marzo de 2001)

MENSAJE DE LA LXX ASAMBLEA PLENARIA EXTRAORDINARIA

UNA CULTURA DE PAZ PARA COLOMBIA

Para nosotros los miembros de la Conferencia Episcopal de Colombia, esta ha sido una semana de gracia. Queremos hacer de cada una de nuestras diócesis “la casa y la escuela de la comunión”¹. Renovamos el sentido de unidad de propósitos con el Santo Padre y hacemos nuestra su consigna: “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, con la ayuda de Cristo”².

Compartimos algunos de los temas que han sido para nosotros motivo de oración y reflexión.

1. TESTIGOS DE ESPERANZA EN MEDIO DEL SUFRIMIENTO DE NUESTRAS COMUNIDADES

Sufrimos con nuestros hermanos; pero tenemos presente que nosotros Obispos debemos ser signo constante de esperanza.

Continuamos clamando por el valor de la vida y seguimos con nuestro empeño de defenderla de todo lo que pretenda destruirla en sus inicios, en sus etapas finales o, lo

¹ JUAN PABLO II, Carta Apostólica NOVO MILLENNIO INEUNTE – NMI – n. 43.

² NMI, n. 58.

que es igualmente grave, cuando se trata de la vida de aquel que no nos simpatiza por razones ideológicas, políticas o económicas. Una vez más, levantamos nuestra voz profética contra el terrorismo, el secuestro, y todas las formas de violencia.

No podemos callar frente a lo que acontece en el país: los despidos masivos cuando abunda el desempleo, la falta de oportunidad para la educación cuando los niños y los jóvenes son el futuro de Colombia, las inmensas dificultades para la atención a la salud cuando ha crecido tan enormemente la pobreza, la tragedia de tantas familias frente a las políticas que rigen en los servicios públicos y en la adquisición de vivienda.

2. INSTRUMENTOS DE PAZ Y RECONCILIACIÓN

Es muy orientador, para comprender mejor nuestra realidad, el siguiente texto de la exhortación del Santo Padre como conclusión del Sínodo de América de 1997. “A la luz de la doctrina social de la Iglesia se aprecia también, más claramente, la gravedad de los pecados sociales que claman al cielo, porque generan violencia, rompen la paz y la armonía de las comunidades de una misma nación, entre las naciones y entre las diversas partes del Continente. Entre estos pecados se deben recordar, el comercio de drogas, el lavado de las ganancias ilícitas, la corrupción en cualquier ambiente, el terror de la violencia, el armamentismo, la discriminación racial, las desigualdades entre los grupos sociales, la irrazonable destrucción de la naturaleza. Estos pecados manifiestan una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre. Sin una referencia moral se cae en un afán ilimitado de riqueza y de poder, que ofusca toda visión evangélica de la realidad social”³.

En este contexto queremos ser instrumentos de paz y reconciliación. Especialmente, en este tiempo de Cuaresma vamos a predicar el perdón y la misericordia pues “la Iglesia, anunciando el perdón y el amor a los enemigos, es consciente de introducir en el patrimonio espiritual de la entera humanidad una nueva forma de relacionarse con los demás, una forma fatigosa, pero rica en esperanza”⁴.

3. SERVIDORES DEL EVANGELIO PARA PROMOVER LA SOLIDARIDAD Y LA PAZ

Reafirmamos nuestro compromiso evangelizador. La misión evangelizadora conduce a la paz. Ante la realidad que hemos señalado comprendemos que la respuesta

³ JUAN PABLO II, Exhortación post – sinodal LA IGLESIA EN AMÉRICA, - IA – 56.

⁴ JUAN PABLO II, Mensaje para la Cuaresma del 2001, n. 4.

adecuada es el encuentro real con Jesucristo vivo, el único que puede dar sentido a la existencia humana, llevándola por el camino de la conversión, la comunión y la solidaridad.

Nos urge el llamado evangelizador y misionero que hemos de asumir. “Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo solo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos”⁵.

4. SOLIDARIOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ

La meta de nuestro trabajo evangelizador no se reduce a la superación del conflicto armado. El evangelio de la paz nos exige cambios en la vida social, política y económica de tal manera que logremos lo que el Santo Padre ha llamado “cultura de paz”, “civilización del amor”. Él mismo la describió de esta manera: “Se trata de una sociedad en donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad sean una realidad. Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro... Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad, y en la que todos se emulen en el noble servicio al país, realizando su vocación humana y cristiana. Emulación que debe proyectarse en servicio a los más pobres y necesitados, en los campos y en las ciudades”⁶.

La fe en Jesucristo es para nosotros motivo de amor a Colombia y a cada uno de los colombianos. De nuestro patriotismo surge la convicción de trabajar por apoyar lo que conduce a asegurar el respeto por el Estado de Derecho y la Democracia auténtica. Para nosotros el bien común, el bien de todos los colombianos, es preocupación fundamental de nuestro quehacer evangelizador y pastoral.

5. PROMOTORES DEL DIÁLOGO COMO ÚNICO CAMINO DE PAZ

Para la Jornada de la paz en 1983, el Santo Padre nos entregó un mensaje con una consigna: “El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo”⁷. Hay en la

⁵ NMI – n. 40.

⁶ JUAN PABLO II, Discurso a los dirigentes, Bogotá, Casa de Nariño, 01.07.86, n. 3.

⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA, Mensajeros de verdad y de esperanza, Mensajes Pontificios para la Jornada Mundial de la Paz 1968 – 1998, n.318 –353.

enseñanza social de la Iglesia la firme convicción que a la paz no se llega sino por caminos de paz.

“El diálogo es un instrumento eminente para realizar la civilización del amor y de la paz, que mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, indicó como el ideal en el que había que inspirar la vida cultural, social, política y económica de nuestro tiempo. Al inicio del tercer milenio es urgente proponer la vía del diálogo a un mundo marcado por tantos conflictos y violencias, desalentado a veces e incapaz de escrutar los horizontes de la esperanza y de la paz”⁸.

Estamos dispuestos a acompañar los diversos procesos de acercamiento y diálogo que se han iniciado con los grupos armados. Consideramos, eso sí, indispensable recordar que un diálogo auténtico solamente es posible en ambiente de respeto a la verdad y la justicia.

6. UNIDOS EN LA ORACIÓN POR LA PAZ

Continuamos reafirmando la prioridad de la oración en el trabajo por la paz. El Señor Jesús nos habla de la paz que el mundo no puede dar (cf. Jn 14, 27); la paz es el resultado de la noticia de su nacimiento (cf. Lc 2,14) y su primer saludo cuando resucita (cf. Jn 20,20).

La paz es don de Dios. Por tanto en el trabajo por la paz reconocemos la primacía de la gracia, la importancia fundamental de la oración.

Convocamos a todos los colombianos para que en las familias, en las parroquias y en cada una de las diócesis realicemos campañas de oración por la paz de Colombia. Proponemos a las personas y las familias el rezo diario del Santo Rosario por la paz. En el tiempo de Cuaresma el Vía Crucis de los viernes ha de tener como intención fundamental el logro de la paz por medio de la conversión de los corazones. Con esta misma intención realizamos de nuevo este año el Vía Crucis Nacional por la vida, la justicia y la paz.

Pedimos que se organicen jornadas de ayuno y penitencia por la paz. Si llegamos al desarme de los espíritus por el sacrificio y la penitencia nos preparamos para el cese de actividades armadas y violentas.

⁸ JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la paz 2001, n. 10.

Invitamos a todos nuestros hermanos a acompañarnos para pedir a Jesucristo, el Señor de la Vida y de la Paz, que nos muestre los caminos del perdón y la reconciliación.

A Nuestra Señora de la Paz encomendamos el presente y el futuro de la Patria.

Bogotá, D.C., 9 de marzo de 2001

+ Alberto Giraldo Jaramillo
Arzobispo de Medellín
Presidente de la Conferencia Episcopal